

Motivo de legítimo orgullo

Cien años de existencia de una entidad hablan por sí solos de su fuerza institucional. Pero lo que representa la Universidad Católica de Chile, al cumplir su centenario, va aún mucho más lejos.

Pocas instituciones hay en Chile que tengan una imagen tan perfilada y de tanto prestigio. Y es que ella liga a muchas generaciones que han sabido ser fieles a su impulso fundacional.

La Universidad Católica de Chile surgió con el propósito que inspira a todas sus congéneres. Combinar la razón natural y la revelación divina como fuentes de conocimiento de la realidad, permite enriquecer y relacionar las distintas disciplinas del saber, sin mengua alguna de la autonomía que la Iglesia reconoce al cultivo de cada una de ellas conforme a sus propios métodos.

Junto a eso, toda universidad católica debe formar "testigos de la fe en el mundo", como lo subraya el Concilio Vaticano II.

La Universidad Católica de Chile ha sobresalido en esa doble misión, mereciendo el elogio especial

de la Santa Sede y convirtiéndose en elemento gravitante de la identidad histórico-cultural de nuestra patria. La comunidad nacional entera la siente orgullosamente como propia.

Quienes hemos pertenecido o pertenecemos a "la Católica", nos sentimos muy vitalmente partícipes de una institución que, más allá de sus estructuras, se nutre de una forma peculiar de convivencia que constituye su alma. Es aquello que la singulariza frente a las demás universidades. Aquello que vincula espiritualmente a sus miembros, traspasando generaciones y superando barreras políticas o sociales. Aquello que le permite influir con autoridad moral en la sociedad chilena, mientras progresa constantemente en su propio nivel de excelencia, hoy bajo la sobresaliente conducción de su actual rector, Juan de Dios Vial Correa.

En lo más personal, me emociona vivir el centenario de esa gran familia en que cursé mis estudios universitarios. En que como dirigente estudiantil contribuí a impulsar el gremialismo,

corriente de pensamiento que ya ha hecho historia en nuestra patria.

También en ella, desde 1968, he podido desplegar la docencia, en su apasionante dimensión formadora.

Haber visto y escuchado al Papa Juan Pablo II en esos mismos patios, conllevó la vibración intransmisible de sentirse recibiendo en la propia casa.

Y en otros planos, ¡cómo no evocar mi juventud de hinchita futbolística de "la Católica", o mi paso por "A esta hora se improvisa" en Canal 13! Al fin de cuentas, el club deportivo y el canal de televisión son parte relevante del rostro de nuestra universidad, y vínculo con ella para incontables chilenos que jamás han pasado por sus claustros.

El Sagrado Corazón de Cristo que nos abre sus brazos desde el frontis de la casa central de la Universidad Católica simboliza la fuente que le da toda su fecunda vida al cumplir ya su centenario.

Por Jaime Guzmán



12-VI-8